



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11061

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 29 DE OCTUBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¡Mucho ojo!

Las noticias referentes á la epidemia de peste bubónica que desde hace algunos años anda rondando la Europa, no son para tranquilizar á nadie, si bien no son tampoco para producir gran alarma.

Hállase la terrible enfermedad localizada en muchos puntos, algunos de ellos muy distantes entre sí; pero de vez en cuando aparece en uno nuevo, prueba evidente de que se va propagando.

Hasta ahora ha hecho actos de presencia en las cinco partes del mundo. En el Africa se ha presentado en la Colonia del Cabo; en América hizo su aparición en la Argentina; en Asia ha tomado posiciones en la capital del Egipto; en Oceanía se ha presentado en nuestra antigua colonia y en Europa anda errando por Nápoles y Marsella, después de estar en Oporto y ahora ha aparecido en Glasgow.

La vecindad de Marsella era ya bastante para inspirarnos cuidado; pero éste se duplica al recibir la noticia de que se encuentra en Escocia.

La prensa ayer recibida hace crecer el peligro dando cuenta de un telegrama que ya debe haber servido al director general de Beneficencia para tomar precauciones.

Dice el despacho que reina cierta emoción en el puerto de Glasgow, por haber consignado nuestro cónsul en el mismo, en un boletín sanitario, que en el vapor «Baron Huntley» que se dirige a España, hay cuatro enfermos sospechosos de padecer peste bubónica.

Las autoridades sanitarias del puerto mencionado no han descubierto más que dos; pero sea cual quiera la cifra, parece confirmado en documentos oficiales que el va-

por ya mencionado lleva la peste bubónica.

¿A dónde va ese vapor? En qué punto va a parar?

No lo dice el telegrama; pero como el director de Beneficencia y Sanidad es un hombre activo y acreditado, bastará con que él lo sepa como lo sabrá ya hace horas.

La laboriosidad y conocimientos del señor Pulido en materias sanitarias y la idoneidad de los médicos oficiales encargados de impedir las invasiones por el mar, nos garantizan contra la peste bubónica. En la vigilancia que despliegan se funda la tranquilidad que gozamos, pero no es posible olvidar que hay el peligro, no despreciable por lejano, de que pueda entrar la epidemia al abrigo del contrabando.

Es de creer que se hayan dictado medidas eficaces para extremar la vigilancia y que cada uno de los encargados de cumplirlas, cumplirá con su deber.

TUERRETAZOS

El diputado astequero y ministro de Cánovas antes de distanciarse por aquellos piques que tuvo con Silvela, ha terciado en el debate político.

Y no está mal de palatabra porque ha consumido dos sesiones.

De argumentos tampoco está mal. Los prepara y los egrime bien.

Pero se le despuntan.

Y algunos se le vuelven.

No se puede impedir que al verlo atacar al Gobierno desde el campo de las oposiciones, se recuerden aquellos desplantes que lanzaba desde el banco azul cuando era ministro—á las tribunas públicas y de la prensa.

Que por cierto no aplaudían sus discursos de entonces.

Es verdad que no es lo mismo hablar desde el arroyo que desde las alturas del poder.

Lástima que esas cosas que dice Romero Robledo no las dijese otro.

Causarían impresión.

En el proceso instruido en Nueva York contra el redactor jefe de un periódico anarquista, ha dicho el juez de la causa al publicar la sentencia;

«Debemos impedir que ni un solo anarquista pueda respirar el aire libre en América.»

¡Atiza!

Y decían de las leyes de represión europeas.

¿Qué dirán ahora de esos sentimientos que se manifiestan en la tierra de la libertad?

Leemos:

«El senador señor Puerta ha presentado en el Senado una importante proposición de ley, que tiende á evitar las frecuentes alteraciones de las sustancias alimenticias y las defraudaciones en éstos y otros géneros comerciales, con el fin de que el comercio de buena fe tenga siempre una legítima defensa.»

¿Pero es que no hay leyes que castiguen las alteraciones y adulteraciones?

¿Y por qué no se aplican?

Sin duda por lo mismo que no se aplicará la del senador Sr. Puerta cuando se vote y apruebe.

Porque somos así, dejaditos, araganes é imposibles de corregirnos aunque nos vuelvan del revés.

Mientras no se modifiquen las costumbres están de sobra las leyes.

Lucha de Fieras

El relámpago, el sol de la tormenta, en vano estrella su potente saña sobre la nieve que mi cumbre ostenta, muudo, inclina tu sien: ¡soy la montaña!

Yo puedo más: la vanidad te inspira. Yo en tus entrañas lóbregas me espiro, saigo á la diosa luz, y ardiendo en ira te parto el corazón: ¡yo soy el hierro!

¿Quién me llama soberbio, á la pelea? ¡Tú, de la guerra el instrumento ciego? ¡Si te fundo y mi aliento te moldea! ¡No sabes quién soy yo? ¡yo soy el fuego!

¿Quién incendiar amenazó el espacio? ¡Tu cuna es el volcán, vuelve á tu fragual! Yo con mi soplo extingo tu palacio; humilla tu cerviz: ¡yo soy el agua!

«Gota de agua, asciende á mi albedrío; yo te lo mando, ven». Y el agua sube unida á mi carroza en el vacío; acata mi poder: ¡yo soy la nube!

Tú, de mi propio sér enamorada, irás donde le plazca á mi contento, ilusión ó vapor; tú eres la nada; te arrastro á mi placer: ¡yo soy el viento;

Ya no destrozas en el mar la nube; tiembles tan sólo al eco de mi nombre, y de huracán en céfiro suave te convierte mi voz: ¡yo soy el hombre!

Pobre mortal, tu orgullo omnipotente es ludibrio infeliz de tu destino, trepando por tu sien llegó á tu mente y humillo tu razón: ¡yo soy el vino!

En vano intenta coronar de flores la copa del placer tu vano empeño: yo en mis alas me llevo tus vapores y ofrezco dulce paz: ¡yo soy el sueño!

No, sueño, no, tu imperio es un delirio que en pesadilla horrenda se convierte; yo soy quien pone término al martirio de la vasta creación... ¡Yo soy la muerte!

Miguel Sánchez Pesquera.

MONUMENTO NACIONAL

Un solo periódico de Madrid ha dado la noticia, comentándola: los demás se han limitado á darla secamente y á la verdad, que aquí, donde la prensa dedica con tanta facilidad largos sueltos, ditirámicos ó quejumbrosos, según las circunstancias, á cosas que carecen en absoluto de interés, es de extrañar que no haya ni siquiera cuatro líneas, para comentar la tal noticia.

Esta es la de que el famoso monasterio de la Rábida, se encuentra en tal estado, que de no hacerse en él rápidamente importantes obras de reparación, el histórico convento se vendría al suelo.

No sensiblerías cursis, ni romanticismos pasados de moda, sino sentimientos de amor nacional, son los que mueven el alma, á pedir al gobierno, que por decoro de la nación no se deje arruinar ese monumento de mejores días, ese recuerdo de tiempos de grandezas y glorias, que se fueron, acaso para no volver.

Y la verdad es que la ruina del histórico

convento, no está desprovista de simbolismo: gigante de piedra, vió en sus medietas y reducidas celdas, nacer empresas que proporcionaron días de gloria á la patria: hoy, como está, abatido por los golpes de los años, humilla la cabeza, como la humillan los hombres al peso de las desgracias.

Ya que se perdieron los últimos rostros del mundo, que descubrió el huésped de la Rábida, debía evitarse por lo menos que fueran también perdiéndose, por punible inercia, los pocos recuerdos que de la gloriosa opopeya nos van quedando.

Sálvese, pues, el monasterio de la Rábida, y guarde siempre para España, entre sus viejos muros, un recuerdo glorioso y un triste, y acaso provechoso remordimiento.

CUATRO COSAS

Cuatro cosas impulsan al hombre á buscar el poder: los honores, las riquezas, la venganza y los servicios; los honores para adquirirlos, las riquezas para gastarlas, la venganza para satisfacerla, los servicios para remunerarlos.

Cuatro cosas son comúnmente dolorosas para el hombre: la muerte de sus hijos, la pérdida de sus bienes, la elevación de sus enemigos y la opresión de sus amigos.

Cuatro cosas impulsan al hombre á cometer un delito: el dinero, el temor, la esperanza y el amor.

Cuatro cosas viven cada una de sus elementos: el pos del agua, la salamandra del fuego, el topo de la tierra y el cámbalo del aire.

Cuatro son los animales que trabajan más para los demás que para sí: las aves haciendo sus nidos, las abejas laborando el miel, los buyes arando y las ovejas criando lana.

Cuatro los más útiles al hombre: los cerdos, los buyes, las gallinas y los cerdos.

Cuatro cosas hay cuya pérdida es muy sensible: los ríos, el dinero, el sentimiento y los amigos.

Cuatro cosas son de suma utilidad para los que viven bajo el yugo de un tirano: honrar á los grandes y á los soldados, no ofender á nadie, hablar con sollicitud y observar una tranquilidad y reposo esmerados.

Cuatro cosas debe considerar el que pide á quien pide, la causa de lo que pide, cuál será el resultado de la concesión y cuál el de la repulsa.



150

LUCHAR EN VANO

desita, y con tanta cordialidad como si se hubiese tratado de una próxima parienta.

Especialmente Malinka, buena y noble criatura, a caso un poco ingenua, se sintió atraída, desde el primer momento por la aristocrática huérfana. Propúose ser buena y servicial para con su nueva compañera, consolarla y ofrecerle su íntima amistad.

En una palabra, Schwarz había tenido una feliz concurrencia al escoger é inducir á aquellas dos personas á que se cuidaran de su noble protegida.

Es necesario reconocer que la condesita sabía despertar pronto una profunda simpatía. El tranquilo, pero profundo pesar, que la oprimía en aquellos momentos, no le impedía comprender su situación, y más tarde reconocida hacia aquellas que, trataban de hacerle bien. Dió las gracias á Schwarz, con lágrimas en los ojos, tendiéndole la mano que él se llevó á los labios con singular emoción.

—¡Por Bao!—había exclamado después Angetinowicz.—Me daban casi deseos de llorar cuando me miraba con aquellos ojos tan melancólicos. ¡Que el diablo me lleve si no es la muchacha más bonita que he visto en mi vida!

De ese modo una nueva figura extremadamente simpática venía á tomar puesto en la vida de Schwarz y ejercer en su destino una singular influencia.

XI

DESPUES de la muerte del conde, Schwarz hizo una visita á la señora Witzberg.

El objeto de tal visita era la condesita, porque la pobre había quedado sola en el mundo, y sin medios de subsistencia, pues el conde no había dejado nada en absoluto.

Schwarz esperaba conseguir sus propósitos, que le eran conocidos el gran temor de Dios y los infinitos